

HIGINIO MARÍN

NACER

CRECER

MADURAR

ANDAR

CORRER

SALTAR

LANZAR

JUGAR

OBEDECER

ELEGIR

DISTINGUIRSE

SALIR

VOLVER

EMPEZAR

COMER

BAÑARSE

DORMIR

CUIDAR

INVITAR

PASEAR

SALUDAR

AGRADAR

APRENDER

ESCRIBIR

VIVIR

PENSAR

CREER

JUZGAR

VER

OÍR

TOCAR

ABRAZAR

BESAR

INTIMAR

TENER HIJOS

LLORAR

PERDONAR

TRABAJAR

TONTEAR

ROGAR

OFRECER

AGRADECER

QUITAR

TENER

DAR

ADORNAR

REGALAR

PROMETER

HONRAR

APLAUDIR

ALABAR

GOBERNAR

CANTAR

BAILAR

CONTAR

RECORDAR

ESPERAR

FILOSOFÍA BREVE DE LA VIDA



Higinio Marín

Filosofía breve de la vida



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 156

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-216-5

Depósito Legal: M-254-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	9
INTRODUCCIÓN. Vivir y saber	11
1. Nacer	17
2. Crecer y madurar	21
3. Andar, correr, saltar, lanzar	24
4. Jugar.....	28
5. Obedecer.....	33
6. Elegir.....	37
7. Distinguirse.....	40
8. Salir	44
9. Volver	47
10. Volver a empezar.....	50
11. Comer.....	53
12. Bañarse	57
13. Dormir.....	60
14. Cuidar.....	65
15. Invitar	68
16. Pasear	72
17. Saludar	75
18. Agradar.....	78
19. Aprender a leer	81
20. Leer y escribir	85
21. Leer y vivir.....	88

22. Pensar	91
23. Pensar y creer.....	95
24. Juzgar.....	99
25. Hablar.....	102
26. Escuchar	106
27. Atender.....	110
28. Ver y oír	113
29. Tocar, abrazar, besar	117
30. Intimar	121
31. Tener hijos	124
32. Alegrar-se.....	128
33. Llorar.....	132
34. Perdonar.....	136
35. Trabajar	141
36. Tontear	145
37. Rogar y ofrecer	149
38. Agradecer	155
39. Quitar, tener y dar	159
40. Adornar y regalar	162
41. Prometer.....	166
42. Honrar	171
43. Aplaudir	175
44. Alabar	179
45. Gobernar	183
46. Cantar y bailar	188
47. Contar el tiempo	191
48. Recordar.....	194
49. Esperar.....	199
50. Sepultar.....	202
51. Morir.....	206

A mi hija, Paz Marín Cánovas,
que no separa vivir y pensar

AGRADECIMIENTOS

A Higinio Marín Cánovas, Paz Marín Cánovas, Enrique Anrubia y José Fernández Castiella tengo que agradecerles la lectura, corrección y sugerencias para mejorar el texto.

También a Ruth Cánovas y a nuestra familia y nuestras familias, amigos y compañeros que son el verdadero tema de este libro.

No habría podido escribirlo sin la eficiente y cuidadosa organización de mi actual trabajo que hace Amparo Carbó. Ni lo habría escrito ahora sin Ediciones Encuentro y su director, Manuel Oriol, de cuya amable invitación surge el esfuerzo por acabarlo.

Finalmente, quiero agradecer a la Universidad CEU Cardenal Herrera haber llevado una vida de estudio durante muchos años, y a sus estudiantes que han sido casi siempre sus primeros destinatarios.

INTRODUCCIÓN VIVIR Y SABER

«Gris es toda teoría», mientras que «verde es el árbol de oro de la vida» (*Fausto*). Goethe consagró la idea de que la vida y el saber se excluyen y no es posible tener uno sin perder el otro. El saber, y sobre todo la teoría, no haría más que disecar la realidad siempre más vital y colorida, así que distintos son el árbol de la Vida y el árbol de la Ciencia, verde y vital el primero, ceniciento el segundo.

En dirección opuesta a la de Goethe está Aristóteles: no solo el conocimiento es intensamente vital, sino que la vida de los que no somos todo conocimiento se profundiza mediante el conocer (también mediante conocer que no somos solo conocimiento). El discípulo de Platón lo piensa al hilo de su teoría de las operaciones vitales, entre las cuales —locomoción, nutrición, crecimiento, reproducción, percepción¹— ninguna le parece más vital que el conocimiento mismo.

Siguiendo al viejo Aristóteles cabe incluso ir un paso más allá: las formas más humanas y plenas de andar, de alimentarse y sentir, también del sexo, son las que satisfacen a su modo y al mismo tiempo el deseo de conocer, de manera que se convierten en *pasear*, *viajar*, *celebrar*, *amar*. Dicho más directamente: muchas acciones humanas, sobre todo las que Aristóteles llama operaciones vitales, además de satisfacer sus deseos específicos, también persiguen a su

¹ Aristóteles, *Sobre el alma*, II, 2; 415b 10. Gredos, Madrid, 1978, p. 180.

modo el deseo de conocer. Y si cabe pensar que el amor es todavía más pleno que el conocimiento es también porque no hay forma más intensa de conocer que amar. De hecho, el único modo de superar el efecto espejo del conocimiento y alcanzar la *presencia real* del otro, incluso de lo otro, es amarlo. No obstante, no hay amor que renuncie a conocer lo amado, incluso a habitarlo conociéndolo.

Además, la conciencia intensifica aquello de lo que es conciencia. Por eso, contra lo que se suele creer, una inteligencia penetrante está más presta a las pasiones: encuentra más razones para la ira, el gozo, la pena y la gratitud. De hecho, lo que los animales no tienen son pasiones porque en ellos la realidad apenas hace mella. Es cierto que las pasiones nos pueden conducir a formas poco sensatas o racionales de conducirnos, pero la fuente de esas pasiones es también el conocimiento al que pueden arrollar en su precipitarse. Aunque parezca paradójico, lo cierto es que nos podemos conducir irracionalmente porque somos racionales. Los animales no pueden.

Así pues, la conciencia intensifica aquello de lo que es conciencia, pero no según la naturaleza propia de lo sabido, sino del saber: nadie es más alto por la conciencia de serlo, pero sí es alto de otro modo, ante uno mismo y ante los otros, y como no lo era antes de saberlo, por ejemplo. La estatura también puede ser poseída de muchos modos además de la nuda altura física, siempre relativa.

Sin embargo, no se trata solo del simple incremento de la opresión que se produce mediante la conciencia de estar oprimido², y que Marx preconizaba como desencadenante de la lucha de clases. Se trata, más bien, de que la conciencia comprensiva de lo vivido intensifica y perfecciona su experiencia, esto es, se vive más y mejor lo que se comprende al vivirlo, también la injusticia, y de ahí la ira del justo.

² «Se debe hacer más oprimente la opresión real añadiéndole la conciencia de la opresión». Karl Marx en «Introducción a la Filosofía del Derecho de Hegel» en F. W. L. Hegel, *Filosofía del Derecho*, Claridad, Buenos Aires, 1987, p.10.

Así que pensar la vida es también vivir más intensa y perfectamente lo vivido al comprenderlo, aunque sea en la medida limitada de nuestras fuerzas. Saber no es solo algo que podamos tener sobre la vida, sino vida misma intensificada según un modo particular: la comprensión. Pensar lo que vivimos forma parte de vivirlo también más humanamente, más de manera plena según nuestro modo de ser. El vitalista tiene muy buenas razones para ser meditabundo. A condición de que no se confunda lo pensado con lo real, pensarlo profundiza su realidad, y, además, profundiza la realidad misma del que piensa.

Así que, un paso más allá, resulta que conocer no es solo algo que podemos hacer por nuestro modo de ser, sino que — como dice Jacinto Choza — el hombre para serlo necesita saberlo, al menos para serlo según su forma más propia y cumplida. Y como somos un tipo particular de vida orgánica, cabe concluir que forma parte esencial de nuestra vida conocerla en sí misma y mediante sus actividades (respectivamente vida en acto y operaciones vitales o *actos segundos* que dirían los aristotélicos). Y el primer rendimiento de ese conocimiento es que la vida es más bien *vivir*, así en infinitivo, verbo y no tanto como sustantivo³, o mejor, lo sustantivo de la vida es su condición viviente.

Los clásicos medievales tradujeron y asumieron la máxima aristotélica «la vida es el ser para los vivientes»⁴, *vita viventibus est esse*. En este libro no solo se la asume como punto de partida, sino que se le da continuidad así: para el hombre, ser lo que es, requiere saberlo, o, si se quiere, lo apetece desde su propio modo de ser y para su cumplimiento o realización. Lo requiere, además, porque el ser humano apetece protagonizar su propia vida, dirigirla y darle la forma de lo propio. A ese respecto, si bien Aristóteles sentenció que «todos los hombres desean por

³ Sobre el carácter verbal de lo real, y en particular del vivir y sus formas, he escuchado con frecuencia a Higinio Marín Cánovas en conversaciones de grato recuerdo y que le agradezco.

⁴ Aristóteles, *Sobre el alma*, II, 4; 415b 13. Gredos, Madrid, 1978, p.180.

naturaleza saber»⁵, no me parece menos cierta la afirmación de Julio César de que los hombres desean ser libres. Aristóteles lo escribió al principio de su *Metafísica*; Julio César lo incluyó en las memorias de sus conquistas en las Galias⁶, donde sojuzgó a muchos hombres que se le resistieron. No puede extrañar que el romano creyera saber qué era lo que apreciaban hasta jugarse la vida aquellos a los que derrotó.

Y como vivir es primero, todo lo demás es posterior, podríamos concluir. *Primum vivere, deinde philosophari*, en efecto, primero vivir, después filosofar, pero para vivir más. Hacia lo uno y lo otro nos dirige el mismo apetito, pues hasta lo irreductible al conocimiento está bajo el apetito de alcanzar a decirlo: «Sobre lo que no puede ser dicho es sobre lo que la poesía no puede callarse»⁷, y la filosofía tampoco. Lo sabemos todos, pero lo apetece sobre todo los poetas y, más prosaicamente, los filósofos y todo el linaje de narradores y cuenta historias: «¡Inteligencia!, dame/ el nombre exacto de las cosas. Que mi palabra sea la cosa misma»⁸.

Nuestra tradición se inauguró con el relato de la creación del mundo mediante su nombramiento, y hemos persistido en la creencia de que el mundo es inteligible hasta la crisis de esa misma tradición. En el principio fue el Logos, ese fue el punto de partida. Pero otra vez el Fausto de Goethe y después Fichte antepusieron excluyente la alternativa: «En el principio fue la acción». Y aunque el griego *poiein* significa a un tiempo palabra y acción⁹, lo cierto es que el pensamiento alemán estaba ya en la dinámica de las

⁵ Aristóteles, *Metafísica*, Lib. I. 980^a 21. Gredos, Madrid, 1982, p. 2.

⁶ Julio Cesar, *Guerra de las Galias*, Lib. 2, X, 3. Gredos, Madrid, 1990, p.210. «Todos los hombres por naturaleza aman la libertad y odian la condición de siervo/esclavo» (*condicionem sertitutis odisse*).

⁷ Hugo Múgica, *Poéticas del vacío*, Trotta, Madrid, 2002, p.68.

⁸ Juan Ramón Jiménez, «Eternidades» (1918), Ediciones Beta III milenio, Bilbao, p. 39.

⁹ Cfr., Felipe Martínez Marzoa, *El decir griego*, La balsa de la medusa, Madrid, 2006, p. 18.

confrontaciones dialécticas y había olvidado la antigua tradición y su inclinación preferente hacia las síntesis.

Sin embargo, para los hombres la síntesis entre vida y conocimiento tiene la forma primordial de la comprensión: se vive cumplidamente lo que se comprende, incluso más allá de la posibilidad de nombrarlo, de darle la forma de palabras. Poder decirlo con palabras y argumentos es una aspiración inevitable: no somos solo conocimiento, pero aspiramos a conocer lo que somos como un apetito de nuestro propio vivir.

Para los hombres poder elevar a categoría de concepto —mejor, de comprensión— lo que hacemos y lo que nos pasa forma parte de poder vivirlo como propio, incluso de vivirlo más intensamente. Pero eso no implica que sea siempre posible, o que todo en nuestra vida este accesible de ese modo. En cierta medida, todos los libros están escritos para comprender la vida y el mundo. Y, obviamente, ninguno lo consigue, no ya del todo, sino apenas. Este no es una excepción. Pero que su forma modesta no alcance a dar cuenta de la vida, no implica que no pueda procurar alguna ganancia comprensiva sobre lo que hacemos y nos pasa.

Son las cosas que hacemos y las que padecemos las que se han hecho materia de indagación en estos textos, cuya brevedad le da título. Pero, al meditar sobre lo que hacemos comparecen aquellos con quienes lo hacemos. No hay vida que se pueda esclarecer desenredando el hilo del tapiz intersubjetivo del que formamos parte. Al revés, comprender es más bien tejer e hilar entre las otras hebras la de la comprensión. El tapiz no se distingue del enredo por su sencillez, sino porque su complejidad es significativa.

En tiempos como los nuestros de sujetos enfáticos, la identidad con forma de urdimbre (la trama y síntesis individual de lo común en diálogo con otros) provocará la incomodidad de las identidades solitarias con pretensiones de suficiencia. Pero, contra lo que pueda parecer, el individuo humano no precede a sus relaciones porque para nosotros la condición misma de individuo las requiere. Que no sea bueno que el hombre esté solo no expresa solo una recomendación moral y psicológica, sino un imposible

metafísico. Somos una especie mamífera, muy singular, un espíritu que habla, es cierto, pero no por ello menos mamífero, y tanto por lo uno como por lo otro, constitutiva y sintéticamente relacional e individual. No es un mero azar que *inteligencia* (*inter-llegere*) signifique también leer, comprender y poner en relación, descubrir y enhebrar hilos de comprensión en el tejido de la vida.

1. NACER

Para nuestra conciencia el nacimiento siempre *ha sido* un pasado inalcanzable. Nadie lo recuerda. Nuestro yo psicológico surge mucho después. Y aunque negar que fuimos aquél mismo que nació es un desatino, lo cierto es que buena parte de la filosofía moderna lo hace al identificarnos con nuestra conciencia. Para buena parte de los filósofos modernos el cuerpo no tiene en pureza la condición esencial de lo humano. Este libro, en cambio, está escrito desde la afirmación de que cada uno de nosotros somos un cuerpo vivo, *este* cuerpo vivo que aman y cuidan nuestros allegados, que enfermará y morirá siendo esa también nuestra muerte. Y si afirmamos que somos aquél que nació (y morirá) y que ya éramos antes de ser conscientes de serlo, entonces tenemos que extender la idea de lo que somos a nuestro cuerpo¹⁰, y el nacimiento transparente y remite a nuestra concepción: ahí empezó todo.

Todos los nacidos fuimos *nasciturus*. Todos los vivientes somos nacidos, y en particular nosotros hemos nacido del vientre de una mujer. Crecimos *desde* el cuerpo de una mujer que hizo de su propia vida nuestro soporte imprescindible y antes de que nuestro corazón latiera el suyo cooperaba para que el nuestro se formara. ¿Cómo es posible que esta evidencia incontestable no nos asombre? La soledad originaria es una quimera de metafísicas amnésicas del hecho de haber nacido. Ningún nacido debería obviar ese

¹⁰ Para afirmar que «somos nuestro cuerpo» es necesario no haber confundido la conciencia con el alma como hace Descartes. El alma no es nuestra conciencia, aunque incluya su capacidad, porque es también aquello por lo que un cuerpo vivo es un cuerpo y, por consiguiente, el alma es la vida misma del cuerpo, aquello por lo que el cuerpo es tal cuerpo y no un cadáver sin vida, sin alma, y, por tanto, sin *cuerpo*, cabría decir. Cfr. Jorge V. Arregui, Jacinto Choza, *Filosofía del hombre. Una antropología de la intimidad*, Rialp, Madrid, 1991, pp. 83-126.

tiempo de indefensión y dependencia completa. Nacimos porque alguien lo asumió, formara parte o no de su plan, surgiera o no de su decisión y su deseo.

Cuando estábamos plenamente ausentes de nosotros mismos ya éramos, y antes incluso de poder guardar recuerdos fuimos acogidos y tratados con toda suerte de cuidados. En la medida que el nacimiento está más allá y antes de la conciencia, le muestra su límite y lo vano de su pretensión de ser por completo concéntrica con nuestra vida: el nacido es siempre excéntrico para su memoria y conciencia. Y esa excentricidad nos define porque la conciencia que estuvo ausente de nuestro nacimiento nunca puede abarcarnos del todo, ni siquiera al respecto de lo que somos en su presencia. El nacimiento es como la espalda de la conciencia, lo que siempre queda antes y más allá antecediéndonos.

Por eso, es nuestra madre la que suplente la conciencia que nos falta de nosotros mismos. Ella y sus recuerdos son el origen egoexcéntrico del yo y de nuestro cuerpo. La memoria materna es la preconciencia más benigna y configurante de la existencia humana. Así que el nacimiento nos hunde psicofísicamente más allá de cada uno en unas entrañas ajenas y maternas. Esa es la arqueología humana de la conciencia: nacidos de vientre de mujer. Ahí radica la matriz de lo que somos y el principio que no nos hemos dado a nosotros mismos. Lo que hay debajo o antes de la conciencia no es el subconsciente sino la vida de una mujer prefigurándonos en toda la amplitud de la expresión y en continuidad con un linaje.

Todo lo que sabemos de nuestro nacimiento, de nuestra concepción y primera infancia es una transfusión materna, como lo fue el alimento y el oxígeno y, más todavía, como lo es nuestra carne misma. La madre extiende nuestra conciencia y nuestro cuerpo hasta las suyos, ofreciéndonos un legado infundido mediante la propia vida recibida. La memoria materna es la primera exoconciencia de cada uno de nosotros que casi somos un eco de aquellas primeras palabras y emociones convertidas en capaces de hablar.

Así que la forma misma de nuestra existencia está marcada por el hecho de haber nacido. Somos seres cuya constitución no

FILOSOFÍA BREVE DE LA VIDA

Cantar y bailar; agradecer; honrar; pasear; dormir; comer; ofrecer; hablar; tontear; leer y escribir; recordar; volver; tocar, abrazar y besar; pensar... Nacer y morir son los cabos de este recorrido por los verbos y sus honduras en los que la vida se vive y se lee con asombro. Las reflexiones que se ordenan en esta suerte de biografía filosófica es un deleite de sabiduría y conocimiento. El lector que acepte esta invitación a pensar descubrirá que la vida, en sus mínimas gestas cotidianas, se llena de significado y sentido. La travesía vital que emprende el autor conduce a pensar más allá de lo inmediato sin abandonarlo.

Los infinitivos elegidos pronto se descubren como puertos en los que restaurar la curiosidad y continuar el viaje en búsqueda de la verdad. La filosofía que acompaña cada instancia visitada por el autor nunca fue más cálida y acogedora; la erudición está al servicio del entendimiento, y la brevedad al de la claridad; de ahí el título de este libro en el que cada página es un regalo porque, como señala el autor, «Saber no es solo algo que podamos tener sobre la vida, sino vida misma intensificada según un modo particular: la comprensión. Pensar lo que vivimos forma parte de vivirlo también más humanamente, más de manera plena según nuestro modo de ser».

Depósito Legal: M-254-2025



ISBN: 978-84-1339-216-5

